

centinelas apostados para resguardar sitios á que no debía penetrar la mirada profana, tapias de conventos, atrios de iglesias, bardas que dejaban salir ramas de árboles floridos, que se asomaban como reclusas espiando lo que acontecía por fuera.

De Puebla á Amozoc seguimos durmiendo la parte de sueño que nos había quitado la enorme madrugada; por eso no compramos las espuelas, cuchillos, frenos y bocados que nos vendían los industriosos habitantes del pueblo.

Más despabilados atravesamos Nopaluca y Chapam, bajamos la portentosa cuesta de San Miguel del Soldado, entramos á Jalapa y dormimos tranquila y dulcemente, soñando con las hermosas que habíamos topado en nuestro camino.

Al otro día, á las doce, salimos de la ciudad de las flores; á la oración estábamos en el Puente Nacional; á la media noche remudaba la diligencia en Vergara, y arrullados con el canto de las olas ya cercanas, dormimos tan ricamente en nuestros asientos. A las cinco de la mañana llegábamos á Veracruz.



CAPÍTULO V

Con la familia enferma

QRAS la noche toledana, el primer grito que se oyó fué el de mi estómago hambriento: «Desayuno», pidió con tristes voces, como el herido de muerte pide «confesión».

— ¿Desayuno? dijo mi hombre. Lo tendrá usted en seguida. Pues qué, ¿cree usted que estamos en México, donde á las siete ú ocho de la mañana apenas se van levantando legañosos y malhumorados los mozos del café? Aquí se hila más delgado; vamos á la fonda y verá que nada hace falta. Veracruz es una ciudad pequeña y México un pueblo grande.

Nos refocilamos, pues, modestamente, tomamos un cuartito en el Hotel Diligencias, y me salí á la calle para ver de arreglar el negocio principal que me llevaba.

Empecé por preguntar cuál era el palacio que habitaba Juárez y á qué horas daría audiencia. Don León se me rió en las barbas como si hubiera preguntado por la casa del sol.

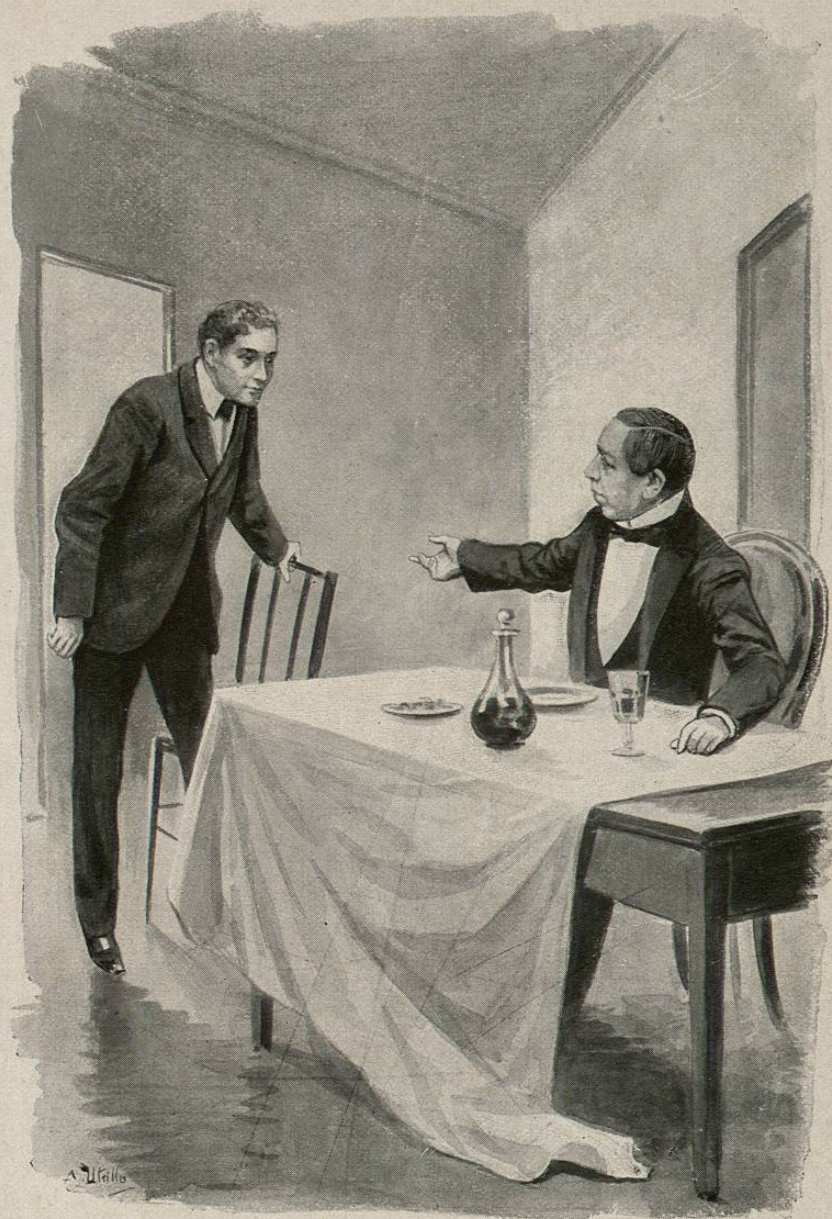
— ¿Palacio? Pero usted está delirando, compañero. ¿Qué palacio ni qué ocho cuartos! Juárez vive en una casa de tantas, en Puerta Merced, y allí entran y salen *jarochas*, comerciantes, negras de puro en boca, políticos y militares de todas clases. Aquí no hay las antesalas y los cumplidos del Palacio de México, sino que cada cual entra, arregla sus asuntos y se marcha.

Así pasaba en efecto. La casa era amplia, aseada, con sus balcones que dejaban penetrar toda la luz, sus cortinas albeantes, sus baldosas de mármol, sus corredores amplios y su fuente que derramaba agua á chorros, derramando también vida y bienestar.

Eran las siete cuando pasé nada más que á informarme de la hora más oportuna para hablar con el Presidente.

— Ya está levantado su mercé, y voy á pasarle recado, me dijo una negraza que después supe se llamaba Petrona y que era algo parecido á intendenta de aquel albergue.

Juárez me recibió con perfecta amabilidad, tendiéndome la mano breve y bien formada y esbozando un amago de sonrisa que más bien sorprendí en sus ojos negros como capulines, que en sus mejillas y boca, pues le impedía el paso una cicatriz que se avanzaba hacia el



Juárez me recibió con perfecta amabilidad,
tendiéndome la mano...

lado izquierdo comunicando al rostro, á ratos, ligero dejo de burla, y á ratos seriedad mayor de la que era natural en él.

Una sola vez había visto al grande hombre (ahora le puedo llamar así, ¡ay! sin que el mote parezca obra de adulación) y en circunstancias tan críticas, que pensé no se acordaría ya de mí ni de mi nombre.

Estaba don Benito sentado en un sillón cercano á una mesa donde se encontraban restos de un frugal desayuno, seguramente ingerido de prisa, y al verme dijo invitándome á sentarme:

— Entendía que el señor comandante la Llana estaba á las inmediatas órdenes del señor Ministro de la Guerra y jefe del Ejército nacional.

Le respondí refiriendo brevemente la causa de mi presencia en la siempre heroica, y al oír que llevaba cartas de Pancho Zarco, me preguntó con sumo interés:

— Y ¿cómo está el señor Zarco? ¿No se ha resentido su salud con la vida que se ve precisado á llevar?

Díjele que el valiente periodista rebosaba entereza; le conté su escapatoria última, que aún no conocía, y le ví dar muestras de grandísimo interés por la persona de mi amigo. Ya había yo sacado del fondo de mis cepillos los pliegos que llevaba para el Presidente, y había él empezado á leerlos con suma atención, cuando se dibujó en la puerta la silueta de un hombre de mediana estatura,

moreno, de cabellera negrísima que le rozaba los hombros, de ojos chicos, nariz roma, boca enorme, pero de labios tan delgados que parecían una herida sangrienta en aquel rostro de líneas acentuadísimas. Era don Melchor Ocampo.

Me levanté del asiento ensayando una reverencia, y Juárez le dijo alargándole un pliego de papel de seda:

— Esto para ti, de parte del amigo Zarco.

Cogió don Melchor la carta y empezó á leerla en pie, acercándose un poco á la ventana por donde se filtraba la claridad insolente de una mañana primaveral.

— Pancho, exclamó Juárez mirándome al rostro, dice que es usted amigo de plena confianza y que le ha dado conocimiento de cuanto dicen las cartas de que fué portador.

— En efecto, señor, respóndile; Zarco me estima y hace justicia á mi discreción y á mi decisión por la causa, y más honor del que merecen mis modestas aptitudes... Por eso dispuso que leyera y si era posible tomara de memoria lo principal de las cartas que dirige á usted y á otras personas para el evento de que cayera la correspondencia en poder del enemigo y que yo pudiera salvarme.

— Zarco no habría dado esa autorización á persona que no lo mereciera.

— Pancho, interrumpió á esta sazón Ocampo, que de seguro estaba en lo que hablábamos Juárez y yo, Pancho opina por el auxilio americano, pues está seguro de que

no implica el paso riesgo ninguno para la nacionalidad.

— Pancho, contestó el Presidente — y parece que le veo con el ademán verdaderamente solemne que tomó, — es un joven lleno de prendas, pero joven al fin. Nuestra causa es justa y sólo es materia de tiempo hacer que se enseñoree del ánimo de las gentes. ¿No hemos dicho mil veces *Dios y nuestro derecho*? Pues aguardemos á vencer sin más que esos dos elementos... No hay para qué llamemos á nadie, con el riesgo de que después nos exija el pago de su auxilio en cualquier forma humillante... quizá en la de la pérdida de nuestra nacionalidad.

— No abundo en tus temores, bien lo sabes, repuso Ocampo; pero ya que tienes esa fe que traspasa montañas y que tan firmemente crees en el triunfo de nuestra causa, cuenta conmigo para acompañarte á donde vayas.

Miró don Benito á su Ministro con cariño en que se confundían los caracteres de jefe, discípulo, amigo y aliado, y dirigiéndose á mí me dijo:

— Señor la Llana, Zarco me asegura que usted cuenta con amigos en el seno de nuestro grupo. Busque á las personas que le sean simpáticas y aguarde á que le llame... Entre tanto, ocupará un aposento en esta casa, pues no sería remoto que pronto le necesitara.

Me incliné, salí del cuarto, pregunté á la patrona por el cubil donde se aposentara Guillermo Prieto, y allá me

dirigí dispuesto á entablar larga y cariñosa charla con aquel viejo y excelente camarada.

A la puerta golpeaba un hombrecillo delgado de cuerpo, enjuto, moreno de rostro, bigote de cola de ra-



tón, nariz delgada y puntiaguda, melena que rebasaba la nuca y cuello larguirucho. Por lo demás, el cuerpo, aunque no muy alto, era bien formado; el pecho y los brazos mostraban, á través de la ropa, convexidades que denunciaban á un Hércules, y los pies y las manos eran finos y elegantes.

Permanecí un rato mirando al muchacho aquel, que denunciaba á leguas en su apostura el tipo de andaluz, y al cabo logré reconocerle sin gran esfuerzo. Él también me vió con cara de gozo y me dijo:

— Uté e de Jalico, ó en Jalico lo conocí.

— De Jalisco soy y en Jalisco tuve la satisfacción de conocer al intrépido Antonio Bravo, el mismo que arrió la bandera del palacio de Guadalajara en aquella horrible jornada del año pasado.

— ¿Y don Santito?

— Ya usted lo sabe: trabajando sin cesar y levantando tropas... A bien que ustedes deben estar de eso más enterados que yo, pues desde lo de Tacubaya no sé dónde anda nuestro jefe.

Entre tanto, Bravo había dejado de golpear la puerta aquella; mas en los pocos instantes en que dejábamos descansar á las lenguas, se oía desde dentro un ronquido que empezaba por el *fortissimo* y concluía en el *largo-assai* ó en el *morendo* más lánguido.

— Ejte maldito e Guillermo no va á tené aquí hajta el año próximo... Misté que dormí á puerta cerrá en pleno junio y en pleno Veracrú, ni al diablo se le ocurre.

Entonces, perdiendo la paciencia, gritó por la cerradura:

— ¡Guillermo, bruto! ¡levántate ó tiro á mojicone tu puerta!

Alguien contestó del interior cualquier cosa que calmó la agitación de Bravo, y á poco vimos salir á Guillermo Prieto con cara de trasnochado, y diciéndonos de jovial talante:

— ¡Habías de ser tú, *gachuzo* de los demonios!... ¡A las cinco me acosté y ya vienes á quitarme el sueño!... Juan Pérez de mi alma, seas bienvenido á esta heroica ciudad, y me estrechó en sus brazos varias ocasiones seguidas.

— Figúrense ustedes, continuó Guillermo, que me he pasado la noche...

— ¿Estudiando? preguntó Antonio.

— Estudiando... humanidades, respondió Guillermo bajando los ojos.

— ¡Ah, perdido!

— ¡Ah, pícaro!

— Cabalmente acababa de llegar y de dormirme, soñando que quitaba á una *jarocho* su *cachirulo* de oro, se lo pasaba por los crespos cabellos, y éstos se iban haciendo suaves, suaves hasta llegar á ser como una seda... Luego se tornaban castaños, después rubios, y al fin se volvían de color de oro, como el propio *cachirulo*...

— Éjate e *cachirulo*...

— Luego, peinándolos, salían oncitas de oro, centenes, medias onzas, escuditos, reales y medios, todo de oro... como el *cachirulo*...

— ¡Y dale!

— Y con esos dinerales llenaba cajas y más cajas, pagaba haberes atrasados, sobornaba generales, destruía ejércitos y ponía la Constitución sobre toda la mochería... pues ya ustedes saben que el dinero es nervio de la guerra.

— ¿Y cuando despertaste...?

— No tenía más que el *cachirulo* de oro fino que me había regalado una hembra de la Caleta... ¿Y al fin te marchas, *gachupín*?

— Hoy á la dié.

— ¿Y á dónde, se puede saber? La Llana es de confianza.

— Aunque no lo fuera; llevo órdenes reservadas, que he de abrir en alta mar.

— ¡Caramba, qué misterioso anda el tiempo! *Gachucito*, no me *jagas* *rir*...

— Puej ya me verá en camino, y cuando el *Dolphin* sarga er puerto, no deje de encomendarme á Dios.

— Así lo haré aunque indigno... Y tú, la Llana, ¿qué te haces? ¿Vienes á quedarte con nosotros?

— Vé á saber; por de pronto, aquí me instalo; pero será sólo mientras me despachan con la respuesta á los pliegos que traje.

— De modo que eres ahora...

— Correo extraordinario.

— Bien hayan lo mozo crúo y de arrejto.

— Ojalá que te quedaras entre nosotros, Juanillo... Pero ¿qué digo? Ya tengo plan para que nos acompañes.

— Dime el planecito.

— Es mi secreto, como dicen en las novelas... Pero, en fin, si me prometes ser callado, y no ir con el cuento á Antonio Bravo, te diré la cosa... ¿Tienes buena letra?

— Purísima, Torío.

— Y de ortografía ¿cómo te sientes?

— Lo necesario para no escribir arroz con hache y caracoles con ka.

— ¡Espléndido! ya está hecha tu carrera.

— ¿Mi carrera?

— Sí; has de saber que hace ocho días murió don Mateo Palacios, secretario privado de Ocampo, y está el pobre Melchor que no halla á qué santo encomendarse.

— Pues me convendría la placita.

— Cuenta con ella, que si eso no puedo ofrecerte, no sé con qué te obsequie.

— ¿Y pa mí no habría un lugarcito así, gachó?

— ¡Qué ha de haber! tú estás malquisto por gachupín.

— Y e la verdá que don Melchó me ha cogío tema no ma que por gachupín.

— Y á fe que no tiene razón, pues Quijotes tan sinceros como éste no los habrá: camina buscando dónde se

pelea por la libertad, para ponerse á servirla... Pero déjenme, que tengo que desayunarme, que recoger el acuerdo y que acompañar á este mal sujeto para recomendarlo á los señores tiburones.

Y allí se quebró una taza.

